

IX Congreso Argentino de Hispanistas. Asociación Argentina de Hispanistas, La Plata, 2010.

Luis Rosales : el hombre re(a)sumido en la palabra.

Giovacchini, Teresa Iris.

Cita:

Giovacchini, Teresa Iris (2010). *Luis Rosales : el hombre re(a)sumido en la palabra. IX Congreso Argentino de Hispanistas. Asociación Argentina de Hispanistas, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-043/20>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



Luis Rosales: el hombre re(a)sumido en la palabra

Teresa Iris Giovacchini
Universidad Católica Argentina

Resumen

Estudiaremos el proceso de la búsqueda de la totalidad expresiva desde escribir para la belleza a escribir para la vida en tres libros de Luis Rosales: *La casa encendida* (1967), *El contenido del corazón* (1969) y *Diario de una resurrección* (1979).

Palabras clave: Rosales – casa – poesía – corazón – resurrección

Luis Rosales, en ocasión del otorgamiento del Premio Cervantes en 1982, declara: "Desde que Pablo Neruda publicó su Manifiesto en el que se levantó contra la poesía pura, yo he sustituido el oficio de escribir por y para la belleza por la creación poética por y para la vida". Estudiaremos el recorrido íntimo del sentir al vivir y la visión configuradora que se resume en la palabra en: *La casa encendida* (1949, 2ª 1967); *El contenido del corazón* (1969) y *Diario de una resurrección* (1979).

En el último poema de *Diario de una resurrección* da cuenta de esa paulatina transformación y en *El contenido del corazón* manifiesta el proceso desde el recuerdo a la memoria:

Nadie sabe hasta dónde puede llevarle la memoria cuando se entrega a ella... siento que la memoria se convierte en expectación... comprendo que vivir es ver volver... lo que no se recuerda, lo que no vuelve del corazón a los sentidos no se vive, se siente. Del sentir al vivir media el recuerdo (1981: 255).

Señala las etapas de ese proceso vital cuando dice:

...pero ese encendimiento del pasado no es la memoria todavía... no alumbra, empuja, tiene más evidencia que precisión, más certidumbre que claridad... en el recuerdo quedan tan solo huellas pero son tuyas [del recuerdo]; en la memoria, quedan imágenes, pero son nuestras...; ya están creadas o recreadas por nosotros... todo recuerdo verdadero es igual que una resurrección (1981: 257).

Desde esa raíz iluminante, la imagen recordada se hace palabra que se va haciendo, reviviendo, resucitando una intimidad particular. En el prólogo de la edición definitiva de este libro dirá también:

Encontré en él mi expresión personal, y... la voz poética que después he llevado a otros libros. En cierto modo me resume como escritor y como hombre, o mejor dicho: yo me resumo a él (1981: 249).



Como expresa Rafael Lapesa:

...la memoria proyectada sobre las vivencias... en las que la palabra formula en expresión acuñada el contenido anímico donde se mezclan apetencias, emociones, imágenes, conceptos... se aproximan a una doble perfección: ...la del recuerdo o autoanálisis y la encarnación verbal (1971: 352).

Este poder integrador de la memoria se da en una polifonía que surge como efecto de hacer un balance de los contenidos de la vida "percutiendo en las paredes del corazón".

En una conferencia pronunciada en 1984 en la Feria del Libro señala la conjunción de la vocación artística, humana y social de la poesía. Su objetivo es:

...crear un mundo para salvar nuestra mirada de su inherente provisionalidad. El arte no explica nada, pero nos integra en el mundo... el poema es un ser vivo, unitario y orgánico, que late. Los versos están vivos cuando están unidos por el tono. El tono es la oriundez del poema, es la patria del verso anterior al lenguaje, ...pone de manifiesto en qué región del alma y en qué profundidad nace el poema (Rosales 1984: 13).

Los tres libros mencionados definen a Luis Rosales. Son una trilogía reminiscente en la que las materias del recuerdo se reiteran apuntando a una poesía total. En su "Autobiografía literaria improvisada ante un magnetófono" indica que ésta es una tercera etapa que supuso el paso de la obra esteticista a la obra como unidad orgánica e incluso biográfica en estadios sucesivos. A esta fórmula la llamó poesía total y agrega que es en esa misma línea con la que va elaborando *La carta entera* (Rosales 1983: 23).

Entre los tres libros existen correspondencias: versos, imágenes y nombres se reiteran e iluminan mutuamente con diferentes connotaciones. *La casa encendida* nos introduce en un mundo onírico. Las palabras que el poeta escucha y las visiones de los seres amados que emergen de la memoria y de los sueños lo alejan de la angustia suscitando la esperanza. Rosales recurre a procedimientos surrealistas, mezcla espacio y tiempo, y el verso libre le sirve para producir el efecto de fluidez conversacional.

El texto en su edición definitiva es el paso de "Porque todo es igual, y tú lo sabes" a "Porque todo es distinto, y tú lo sabes"; del "Vivir es ver volver" a un vivir que es "volver a ver", ver de nuevo con un ser y un ver nuevo, con una mirada de artista heredera del legado cultural.

El soneto inicial "Recordando un temblor en el bosque de los muertos" está propuesto como un pasaje para iniciar un viaje al corazón que es vivido como un temblor, como alud y visión. Un alud que "avanza lento borrando en cada paso una frontera", que destruye las barreras que dividen a los vivos de los muertos, aboliendo los límites que imposibilitan el encuentro. Las repeticiones de palabras y estructuras sintácticas avanzan con una lentitud que nos da la idea de tiempo interior, del ritmo desordenado con que se manifiestan los recuerdos y, al mismo tiempo, confieren una solidez estructural partiendo de la vacilación. Desde el umbral de "Zaguán" se hace el pasaje. Sobre el recorrido ordenado en la casa física de Altamirano 34, se superpone el viaje más largo y profundo que brota de la memoria de los nombres, vivencias, lugares, sombras y a través de ellos y de cada



habitación, va hasta el fondo del alma. Llega a la casa apagada y esa cotidianeidad se expresa en la constatación que repite el ciclo angustioso permanentemente igual a sí mismo. El desengaño lo hace sentir náufrago. La forma coloquial sigue el flujo de la conciencia, dirigido a un "tú" interlocutor, que es en parte diálogo consigo mismo de un alma escindida por el dolor y en parte diálogo con los hombres de su generación. En el clímax de la desolación, una araña se introduce en su cuerpo, llenándolo de soledad y hastío. La soledad es ciega y esa ciega es en parte el destino del hombre. Pero en el concierto de todas las cosas iguales a sí mismas, sobreviene "una vibración mínima y persuasiva/ de algo que se mueve para nacer". El momento de la vibración es mínimo e íntimo dentro del alma:

... y ahora es ya el corazón que se enciende con otro corazón que yo he tenido antes, / y con otro corazón que yo entristezco todavía,/ y con otro/ que yo puedo tener, que estoy teniendo ahora,/ un corazón más grande... descalzo y necesario,/ un corazón reunido,/ reunido de otros muchos, igual que un dolor único.../ y pienso/ que quizá estoy ardiendo todo (Rosales 1981: 209).

El encuentro del corazón que se enciende en contacto con los demás desplaza el silencio de nieve de los días iguales.

La palabra del alma es la memoria/ y en el bosque en que vuelve a ser árbol, cada huella/ la sustancia del alma es la palabra; / donde todas las cosas... se encienden mutuamente y de nosotros,/ ...porque todo es distinto y tú lo sabes (1981: 210).

En ese bosque nuevo ha nacido un árbol de cada huella. "Desde el umbral de un sueño..." lo llama Juan Panero quien ahora "lo está viviendo todo ya junto y encendido" que le recuerda que "la muerte no interrumpe nada". En otro momento del poema en el que lleva por guía "la luz del corazón..." se produce el encuentro con la amada, náufraga también ella, en la intemperie del dolor. El poeta procurará venderla reuniendo "... todas las palabras verdaderas," y "...abrazándote entonces,/ te puse para siempre,/ ...sobre los labios el nombre de María". Tampoco este encuentro es suficiente porque no puede hacer convivir juntas las presencias: "ni en la memoria que nos queda, ni en la vida que pasa... hay un amor total,/ ...una memoria total,/ ni siquiera un recuerdo.../ que pueda calentar en un instante todo el pecho". Se retira para "escuchar el alma" y convocar la memoria de sus padres remitiéndose al origen del encuentro de ambos en la vida. Esta secuencia es el texto más extenso y el punto culminante del descenso. Para acceder a esta nueva visión hace falta pasar por el dolor que completa la humanidad del hombre. "Desdolorido" por el amor, los trae a la memoria y se diría que regresan para besar al hijo con un beso imposible y total:

Y ahora ya estamos juntos,/ y habéis vuelto conmigo como un poco de mar que se reúne,/ ...como un poco de mar se besa todo,/ dentro de sí, dentro de mí, y alzando/ un labio en cada ola, y siempre tiene/ más agua que besar/... madrearmado al fin sobre tu pecho (Rosales 1981: 230).

En su conferencia "La poesía y el tono poético", explica:



...estos versos no son una mera sucesión, sino un despliegue. El tono tira de ellos distendiéndolos y encabalgándolos, hasta hacer del fragmento un solo verso y hasta hacer del poema una sola impulsión, ...igual que si sus versos se estuvieran desplazando y hasta que no se juntan todos no pueden encontrar su identidad (Rosales 1984: 13).

En la progresión de las imágenes cabe recordar que la organización de esta secuencia tiene influencia del cine y el "montaje" consiste en hacer coincidir la vivencia del alma y la palabra. Rescatados por la memoria los suyos no son sólo recuerdos sino que dan calor y luz porque vibran en cada instante. La casa fue encendida con los corazones de los seres queridos y va a quedar habitada y toda junta. El libro se acaba pero el diálogo con lo vivido es permanente. El poema llega a su desenlace que es a su vez un enlace en el que convergen las personas, las vivencias, las cosas que en su vida estaban separadas.

El contenido del corazón, escrito en parte en 1940 (del que publica algunos poemas en la revista *Escorial*), fue pensado en tres partes de las que solo quedó la elegía dedicada a la muerte de su madre, en su versión definitiva de 1969. Cuando retoma este texto en 1967-68 manifiesta que fue difícil mantener el clima emocional. El paso del tiempo ha producido variantes "porque la vida no duele siempre en el mismo sitio". Es un poema en prosa, con andadura de verso, una elegía autobiográfica que tiene como eje la evocación de la figura materna y es precisamente al recordar a su madre cuando Rosales logra una de las imágenes más bellas y originales: "La muerte es una catedral de sal y yo quiero entrar en ella como un minero del recuerdo". Rosales proyecta su caudal de experiencia humana:

...todo hombre tiene un secreto. El secreto vital es como un techo que nos protege del desentendimiento ajeno y de la espina de vivir, pero deja en las cosas un brillo iridiscente igual que el caracol platea la piedra cuando pasa por ella... lo que has amado es lo que te sostiene... esa será tu herencia y nada más. (297)

Inicia su recorrido en el paseo del Retiro para constatar los recuerdos. Con la llegada de la primavera se pone a escuchar con la memoria de su sangre y dice: "Lo que yo vivo es una dulce criatura del Señor. Cuando lo quiso Dios se llamaba Esperanza". Para legalizar este recuerdo enumera las imágenes que se están haciendo un nudo y naufragando. Siente que "algo está próximo a cambiar. Todo... se encuentra... preparado para vivir, ...doloroso y reuniéndose". Regresa a su despacho, constata que no bastan los recuerdos, es necesario recrearlos para que:

...puedan descarnarnos y alumbrar nuestro origen, [...de repente] nos detenemos al borde de un recuerdo sobre la faz del corazón, hasta sentir como el rumor de un vuelo en torno nuestro. Son las alas que van uniendo y entrelazando en nuestras horas lo vivido y lo viviente... y las cosas enterradas en nuestro corazón aprenden a nacer porque quizá, en este instante mismo Dios las está diciendo, las está recreando para nosotros (Rosales 1981: 261).

Va recreando momentos particulares de la vida de su madre. Recuerda su mirada:



Miraba atentamente... como si nunca hubieran visto cosa desconocida. No perdían intimidad ni señorío ni aún se empañan al llorar... En el silencio se reponía, después volvía a mirar, pero no para ver, sino más bien para ayudar a la memoria vacilante (Rosales 1981: 269).

En el capítulo XIX evoca a la madre a través de un rasgo que es un rastro:

Cuando estaba cansada,...le aparecía en la boca su verdadero gesto...no expresaba tristeza ni alegría: era el resumen de una vida... le daba su expresión natural, ... cuántas veces la he visto sonreírme al sorprender que la miraba, y cuántas veces he bajado la vista comprendiendo que aquel naufragio de su boca tenía carácter de denuncia... la vejez es como una asunción (293).

En otro capítulo mientras se afeita ve en el espejo que se va dibujando en su boca un gesto de su madre y comprende su orfandad: "Y he comprendido que ahora me basta sonreír para que nos juntemos, para que nos unamos". Cuando recuerda sus manos comenta "Me cortarían las manos para seguir haciendo tu retrato con el muñón... Yo he tocado tus manos, / y he sentido la juntura del contacto. Hoy recuerdo tus manos como si me vendaran la memoria". En una consideración metapoética dice que toda acción repetida se convierte en lenguaje y que su madre realizaba sus acciones siempre de la misma manera:

...se repetía para dictarse en nuestros ojos como se escriben las palabras en el papel. Pero nunca quedaba escrita. Cada uno de sus rasgos revelaba la trama de su vida... Convertir las imágenes en palabras ha sido una labor de taracea... y a esta labor, a esta palabra inarticulada la llamamos vivir (Rosales 1981: 297).

Cuando el recuerdo crece y se acuña en nosotros cobra una nueva realidad y se enraíza en nuestro mundo. Hay que hacer duradera la mirada: "Lo duradero es total y en lo que dura nos resumimos... vamos creciendo hacia los muertos. Ellos son la cadena de nieve y la cadena de nieve que a ellos nos une es nuestro propio crecimiento". El último capítulo lleva el mismo título del libro y resume que para retener los recuerdos en la memoria hay que hacerlos tiritar,

Hay que hacer un inventario de raíces, y ese inventario convertirá las sensaciones que ayer fueron alucinadas en sensaciones resumidas y tal vez nos devuelva la visión... el contenido del corazón no es propiamente una elegía, sino un balance comercial para que todo tenga en él su estatura definitiva (1981: 311).

Repasa las estaciones y los acontecimientos y comprueba: "Se hace la luz y al hacerse la luz, he comprendido que la mirada de Dios no es sucesiva: conserva aún el paraíso. Nada se borra en ella. Vivir es ver volver, porque la muerte no interrumpe nada". El entorno de su despacho sigue igual, todo volverá a repetirse, se han fundido varios recuerdos distintos pero otra vez "me encuentro ante la mesa del despacho como estaba mi madre ante el armario... nos vamos pareciendo cada vez más al resumirnos". Entreabre el "muestrario sentimental" del cajón de los recuerdos, y cada cosa lo convoca en un mundo distinto:



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



Para reconocerlas, para resucitarlas las tocamos, las arropamos, las levantamos... los recuerdos no se pueden juntar... hay que vivirlos sorprendiéndolos, encontrándolos demorando el placer del hallazgo. Cuando llega el balance a su fin, recuerdo gestos de ella. Me gustaría coleccionarlos... el pliegue hundido de la boca, el desdolorimiento y la ternura de la voz que se apoyaba alternativamente en cada labio, para llegar hasta nosotros, igual que hay que apoyarse en las paredes al entrar a la mina. Pero entre los recuerdos, siempre hay uno más nuestro que vuelve a reaparecer (Rosales 1981: 315).

El contenido del corazón se hace palabra viva, encarnada, encendida, nos salva de la muerte y el olvido, nos venda. El encuentro nos resume, resume al poeta: una huella que se pone en movimiento y se plasma en la palabra poética precisa, en el tono que aflora desde la raíces del alma.

Las composiciones de *Diario de una resurrección* están escritas entre los años 1976-1978. La obra se divide en dos partes. La primera lleva como epígrafe un verso de Quevedo: “Esto que es obediencia yo quisiera que fuese ofrecimiento”; obediencia, es el trabajo cotidiano de la palabra precisa que, convertida en poema desea que suba como una ofrenda al misterio celebrante de la Creación. El título de la parte II cita un verso de L. Panero: “Mi esperanza te ha hecho tal como eres cada día”, aunque referida a la amada en quien deposita la esperanza de que siga siendo inspiradora de su oficio de resurrección, se enriquece con la alusión ambigua, que espera recrear en cada día la totalidad del ser de la amada y de la poesía en una superación constante de la realidad, trascendiéndola.

En este libro también “se acompaña” con citas de autores como Salinas, Altolaguirre, Gerardo Diego. Estos enunciados establecen un diálogo intertextual con los enunciados de los poetas que crean a su vez una polifonía que representa a otros hombres creadores. Como epígrafe general del libro cita un verso, inspirado en Rilke, que transpola del último poema de este libro: “La imprecisión es el infierno conocido”, con el que cifra este oficio.

El primer poema del libro, “Palabras para algo más que un dolor”, hace referencia a que tal vez sea posible el encuentro con la amada “mientras que dura un beso...”; esa palabra deja una estela en la memoria. Otra vez llega hasta la amada como un naufrago que comienza a andar, que empieza a caer, como cae la noche del mundo. El tiempo recobrado se establece en el momento de besarse y al mirarse en los ojos de la amada, el gesto empieza a conjugarse en voz pasiva. Mientras la mira, se identifica con la nieve; el rostro se empaña como los cristales y ese diálogo se convierte en una lágrima que nunca acaba de caer y luego en una araña que, toca el hielo de la vida y la contabiliza: la hace presente y actual. El último poema, “Sobre el oficio de escribir”, de 129 versos, es un texto configurado con reiteraciones de léxico y sintaxis que alegorizan la generación dinámico-imaginaria de la creación. Este “diario” empieza otra vez en su despacho frente a la ventana que a su vez es marco del cuadro que contempla. En el verso 20 comienza la tentativa de ordenación o inventario de lo contemplado y desde esa perspectiva recrea el recuerdo de la infancia desde el particular de la mirada de la madre: “Aquellos ojos claros que tenían alumbrado de gas y me miraban arropándome”. Establece la interlocución con la amada-amiga y se sitúa en la nueva frontera, entre el vivir y el morir para empezar a escribir: “Escribir es la cita que todos los veranos tengo conmigo mismo”, pero las palabras se desunen, necesita hilvanarlas, empezar



por el principio, cambiar la actitud vital, contravivir, alcanzar "la ambigüedad, es... el pulso corporal del poema", porque la imprecisión es el infierno conocido. Necesita un prodigio no mágico sino un sacudón interno, "percutir en las paredes del corazón" para que provoque una vida nueva que le haga encontrar esa palabra única. Mientras aguarda el nacimiento del poema, contempla lo que lo rodea hasta que las palabras se reúnan. La presencia de su hijo Luis Cristóbal mirándolo da la dimensión de continuidad de esta cadena que es herencia. Empieza el poema devanándose en el oficio y en la vida. El poeta transcurre en el poema, se hace tiempo con él, "para cambiar de vida sobre el papel en blanco". Las palabras "martirizadas por la separación, buscan un orden nuevo,/ una vida interior que las reúna,/ y el milagro sucede" y la mesa del escritorio de su despacho se convierte en ara, se habilita para ser apoyo del ofrecimiento. Su mano se independiza, cobra la dinámica de la danza, pero es una mano cortada que "me empieza a empujar con su mutilación,/ ...y me pongo a escribir a borbotones,/ ...para marcar la linde que separa la vida en dos mitades,/ y saber dónde empieza el corazón". Retoma el movimiento rítmico y la imaginación fluye, vuelve a empezar este oficio constante que busca un destino para alumbrar estas palabras "ateridas, / ...dichas en una calle inútil que tal vez tiene un alumbrado de gas". El recuerdo vivo del pasado vinculado a la figura de la madre, tiene el sentido de una comprobación, la certidumbre de una vivencia que iluminó un recuerdo.

Rescata lo poético en su devenir, haciéndose, en un tono conversacional y dialogado que sostiene la intensidad emocional. No hay reglas de arte previas; hay contemplación, búsqueda, oficio, paciencia. Hay re-creación de la vida real biográfica para resucitarla en un tiempo y espacio nuevos que sustenten a la nueva criatura. A su vez la nueva realidad imaginaria alimenta y resucita la realidad cotidiana.

Los nudos temáticos se unen en una nueva trama. Su poesía se ha hecho más cotidiana, más sencilla, apoyada en el hombre y en la calle. Tenemos muchos amores, pero el gran amor es un encendimiento que dura toda la vida, porque el corazón ama una sola vez y cuando ha muerto, seguimos viviendo de su luz. Ahora la meditación sobre la muerte se trueca en una labor diaria: "Morir es un aprendizaje. ¿No recuerdas que los amigos que más queremos/ se nos fueron haciendo indispensables poco a poco/ y hoy los vemos andar como sonámbulos en el sueño de Dios?".

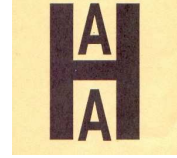
El recuerdo de su madre, aliado a los trabajos domésticos y al solar de su niñez, sus hermanos, su hijo y sus amigos son los motivos de esa resurrección. Al aludir a la condición humana Rosales alcanza esplendor metafísico: "Lo propio del hombre es titilar en la noche del mundo... la presencia de la vida en la tierra no es más que una titilación".

Bibliografía

- Lapesa, Rafael (1971). "Abril y La casa encendida". *Cuadernos Hispanoamericanos*, 257/8, mayo-junio: 341-387.
- Rosales, Luis (1979). *Diario de una resurrección*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rosales, Luis (1981). *Poesía reunida (1935-1974)*, Barcelona, Seix Barral.
- Rosales, Luis (1983). "Autobiografía literaria improvisada ante un magnetófono". *Anthropos*, Madrid, número extraordinario 3: 21-51.
- Rosales, Luis (1984). "La poesía y el tono poético", Conferencia grabada, pronunciada en la Feria del Libro, 9 de abril de 1984.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



Sánchez, Oneida M. (2006). *Vivanco, Rosales y Gil: Libro de familia*, Madrid, Verbum.
Sánchez Zamarreño, Antonio (1985). *La poesía de Luis Rosales*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.